

"¿Vas a ir al guateque de los chinos?", me preguntó por la mañana una compañera de la Redacción. No pensaba perderme la recepción que, con motivo del XIV Aniversario de la Revolución China, ofrecía en el hotel Palace, de Madrid, el encargado de Negocios de la República Popular. Hay tardes importantes, y esta del 1 de octubre era una de ellas. Celebrar en Madrid el aniversario de la fundación de la China Popular, he aquí una cosa que no sucede, como suele decirse, todos los días. La recepción tenía lugar en el gran salón del antiguo comedor del hotel, inmediato a la gran cúpula central. Un funcionario de la Embajada, vestido, como todos los que allí estaban, con el uniforme "Mao" abotonado hasta el cuello, de color gris oscuro, casi negro, iba preguntando su nombre a los que entraban, y los presentaba al primero de los funcionarios que estaban colocados en fila, ya dentro del salón, dando la bienvenida a los invitados. Allí estaban el encargado de Negocios, señor Chou Min; el embajador, señor Chen Chao Yuan; la embajadora y otros altos funcionarios e intérpretes. Todo el mundo elogió la paciencia, el autodominio y compostura de los funcionarios chinos, que estuvieron durante más de tres horas en pie, sin moverse, recibiendo y despidiendo a los invitados. El hecho de que fuera el encargado de Negocios y no el embajador quien ofrecía la recepción se debe a la circunstancia de que el señor Chen Chao Yuan no ha presentado todavía sus cartas credenciales.

Había alrededor de cuatrocientos invitados, entre los que se encontraban muchos diplomáticos, sobre todo de los países del Tercer Mundo, con la notoria ausencia, que fue muy comentada, de los cubanos. Entre los españoles había dos grupos, aparte del de los numerosos periodistas: el de las representaciones oficiales y el de los comerciantes e industriales, que se mostraban muy esperanzados respecto de la apertura, que parece próxima, del inmenso mercado de China. La personalidad oficial más relevante de las que acudió al acto fue el ministro del Ejército, teniente general Coloma Gallegos, a quien acompañaba el jefe del Estado Mayor, señor Fernández de Córdoba. Su presencia fue sin duda tranquilizadora para muchos recelos entre bastidores del Régimen. Estaba también el subsecretario de Asuntos Exteriores, señor Fernández Valderrama, junto con otros altos cargos del Ministerio de Asuntos Exteriores. Había asimismo representaciones de la Universidad y del Ayuntamiento de Madrid. La Organización Sindical se volcó en el acto del Palace. Desde el paseo del Prado llegó una numerosa delegación, con don Carlos Iglesias Selgas, secretario general adjunto, a la cabeza. El diario sindical "Pueblo" "cubrió" la información con un equipo de nada menos —creo que conté— doce periodistas y fotógrafos, encabezados por su director, don Emilio Romero.

"Progres", lo que se llama "progres", se buscaron en vano en el salón. La progresia no fue invitada a este "guateque" ofrecido al Sistema. Unos doce o quince funcionarios de la Embajada, igualmente uniformados, se encargaron de hacer los honores, mientras el embajador y los altos cargos permanecían en la entrada. Hablaban considerablemente

## silla de pista

### EL GUATEQUE DE LOS CHINOS

bien el castellano estos elegantes funcionarios, de juvenil aspecto y edad indefinida, con quienes estuvimos conversando. Exquisitamente corteses, nos ofrecieron al contestar a nuestras preguntas ocasión de aprender algunos rudimentos de diplomacia china. La cosa vino porque estando tres o cuatro periodistas con uno de estos funcionarios, un compañero preguntó: "¿Sabe usted cuándo habrá línea directa Madrid-Pekin?". El funcionario contestó: "Somos veinticuatro". Insistió el periodista: "No; preguntaba si sabe usted cuándo se establecerá la línea aérea directa entre Madrid y Pekin". El funcionario sonrió: "Ah, no sé, no sé". Todas las cuestiones que los periodistas les planteaban recibían por su parte un tratamiento parecido, de modo que pudimos llegar a una especie de ley que formuló un compañero: "La primera vez que haces la pregunta te contestan

con la respuesta a otra pregunta. Si insistes, te dicen que no lo saben". No aclararon nada ni respecto al tráfico aéreo, ni a las relaciones comerciales, ni al lugar donde se piensa instalar la Embajada. Encantadores, por lo demás, repartían con profusión entre los circunstantes tarjetas de visita escritas en caracteres chinos por un lado, con el nombre en transcripción latina por el otro, y se llenaban los bolsillos con las que les daban los invitados. Los españoles no somos particularmente amigos de mandar imprimir y llevar tarjetas con nuestro nombre y señas. Yo he vivido mucho tiempo en el Japón, y conociendo la pasión de los orientales por las tarjetas de visita, comprendía la otra tarde el gesto de frustración que se dibujó en el rostro del funcionario que, al darnos la suya, comprobó que la mayor parte de los que estábamos en el grupo no teníamos tarjeta que ofrecerle.

La atracción principal o número fuerte del "buffet" la otra tarde, y la única especialidad china que se sirvió, era un aguardiente de arroz llamado "Mou Tai Chiew", fabricado en Keichow, un licor verdaderamente notable y muy fuerte, de unos setenta grados, según dijeron y el paladar confirmaba, que quedará asociado a esta recepción en la memoria de los asistentes. Así transcurrió el "guateque de los chinos", tan digno de verse. Pero antes de terminar faltaba un detalle, lo que se llama popularmente "un detalle", sin precedentes en España y aun en Occidente, que el embajador tuvo con los empleados del hotel que habían servido el cóctel: pidió a todos los cocineros, pasteleros y camareros que habían estado trabajando en su preparación, que acudieran al salón, y una vez allí, saludó y obsequió personalmente a todos. ■ LUIS CARANDELL.

El ministro del Ejército, teniente general Coloma Gallegos, saluda al embajador de la República Popular China durante la recepción ofrecida con motivo del XXIV Aniversario de la fundación de la República.

